



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE202131

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Los negocios de las religiosas

En este número contamos cómo viven religiosas y monjas. O, mejor dicho, de qué viven, cómo responden a las necesidades de la vida diaria y cómo se organizan. Estas cuestiones, –dinero, salarios, trabajo, consumo–, parecen alejadas de lo sagrado. Porque las religiosas, y esto es lo que tenemos que aclarar, a diferencia del clero, –sacerdotes, párrocos, obispos y cardenales–, no reciben ningún salario. Cada convento y cada congregación se tiene que apañar para ver cómo subsistir y cada religiosa tiene que hallar la forma de articular la relación entre vida y trabajo con el mundo de la producción y el consumo. Hemos conocido monasterios que apenas sobreviven con la venta de productos de jardinería y otros que se han convertido en empresas y son regentados por religiosas licenciadas en Economía. Pensiones sociales y salarios regulares. Roles modestos y profesiones cualificadas. Contar la vida de las mujeres consagradas ha sido como navegar por un archipiélago de islas pequeñas y grandes, planas o rocosas golpeadas por el mar. Diferentes perfiles, elecciones y opciones.

Solo para descubrir que, en cualquier caso, esas islas que parecían diferentes tenían la misma naturaleza, el mismo clima, allí nacieron los mismos árboles y fue mecida por el mismo viento. Un mundo aparentemente tan distinto está unido por principios y prácticas comunes y está hecho de una mezcla de caridad y la producción, fe y necesidad de ganarse la vida, sobriedad y gestión, solidaridad y mercado, creatividad y plan de negocio. Un mundo capaz de responder con inteligencia, competencia, flexibilidad e imaginación a las exigencias del trabajo moderno y a los límites impuestos por la globalización y las tecnologías.

Cuando la pandemia invadió el planeta, todos nos dimos cuenta de que la producción y el consumo exigirían nuevos comportamientos y valores. De que los viejos modelos jerárquicos, exclusivamente mercantiles basados en la competencia y la desigualdad, ya no podían funcionar. ¿Qué hemos de tener en cuenta para construir un mundo nuevo? En este número hacemos algunas propuestas. El trabajo de las consagradas nos proporciona ejemplos concretos, indicaciones y modelos que pueden exportarse al mundo laico. Como organizarse, esforzarse y gestionar el propio trabajo. Como no dar nada por sentado, sino permanecer con el corazón abierto y alerta. Como ocuparse del prójimo y no aceptar la miseria del cuerpo y del alma, pero sí adoptar la sobriedad como estilo de vida. Como compartir hasta lo poco. Como no rechazar la modernidad. Como confiar en los demás, en la Providencia y en la humanidad ejerciendo la caridad. Lo desarrollamos más adelante. *Ritanna Armeni*

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

La vida consagrada ha actualizado organización y estilo de vida para llegar a fin de mes

De las propias manos y de la propia inteligencia

DE LUCIA CAPUZZI

El verano pasado las hermanas de la Fraternidad monástica de Jerusalén lanzaron una recaudación de fondos mediante crowdfunding para restaurar la carretera que conduce a la ermita de Gamogna, en Florencia, donde viven desde 1998. En poco más de un mes, alcanzaron los 30.000 euros necesarios para realizar la obra.

Sin embargo, esto no siempre pasa. Como ejemplo, el de las monjas afectadas por el terremoto de Sant'Angelo en Pontano, en las Marcas. El doble terremoto del 24 de agosto y del 30 de octubre de 2016 las obligó a trasladarse a la hospedería de Passo Sant'Angelo. Un acomodo temporal, en teoría. Las veintiún benedictinas residen allí desde hace más de cinco años esperando la restauración del monasterio de Santa Maria delle Rose. Por ello, en 2019 lanzaron una campaña para financiar la construcción de un edificio capaz de albergar el refectorio, una iglesia y celdas para acoger a las nuevas vocaciones. El camino para alcanzar los deseados 300.000 euros está siendo arduo.

No es raro que en los últimos tiempos las religiosas recurran al crowdfunding para poder mantenerse a sí mismas y sus actividades. Es una de las mil formas más en las que se esfuerzan por sacar adelante sus casas.

Porque hoy el problema del apoyo a las religiosas es, precisamente eso, un problema. La gran historia de la vida consagrada femenina nos cuenta que estas mujeres han vivido siempre del trabajo fruto de sus manos y

de su inteligencia. Y cuando no llegan por sus propios medios, ahí está la Providencia. Es el desafío cotidiano.

El modelo generoso

Hoy, con dificultades económicas reales, el criterio evangélico de poner en común lo poco, es la fuerza y la especificidad de esta forma de vida, y este modelo, articulado, bien podría exportarse a la sociedad civil para que, aunque todos tengan menos, todo el mundo tenga algo. En los tiempos en los que crece la gran brecha entre los pocos ricos y los muchos pobres, —escándalo y herida para la humanidad—, la organización y el estilo de vida de las mujeres consagradas ofrecen un ejemplo útil. La pobreza a la que están acostumbradas las monjas es un “modelo” de sobriedad; la dependencia del individuo de la comunidad y de la comunidad de cada individuo con el intercambio de bienes materiales (así como espirituales) es un “modelo” de negocio. El hábito de no desperdiciar es un “modelo” social. Trabajar juntas promueve una cultura de solidaridad.

No hay desigualdad entre las hermanas de una congregación. Tanto si viven en un país rico o en uno pobre, todas reciben el mismo sustento.

Menos ayudas durante la pandemia

La pandemia ha agravado la crisis ya en curso al interrumpir las actividades tradicionales de los monasterios, abadías y conventos que históricamente, además de ser lugares de oración y refugio para los demás, han sido centros culturales, sociales y económicos. El monasterio fue durante siglos una pequeña ciudad autosuficiente por el hecho de que las monjas eran, muchas veces, de origen noble y aportaban tierras y bienes como dote. Resistieron así hasta el siglo XIX. Entonces comenzó el progresivo empobrecimiento económico. Por último, los confinamientos y las restricciones a la movilidad, —como la supresión del turismo religioso—, han abocado a la crisis a estos monasterios al igual que a otros negocios seculares. La recesión general desatada por el coronavirus también ha afectado a la solidaridad y ha provocado que las solicitudes de ayuda crezcan exponencialmente.

¿Hay menos benefactores? “Las donaciones no es que hayan disminuido, es que, directamente, ya no existen. La situación ya era muy crítica antes y el coronavirus la ha llevado al extremo. La responsable de una comunidad de unas cuarenta monjas, todas ancianas, me confió que había perdido quince hermanas en unas pocas semanas durante la primera ola de la pandemia. Para poder pagar los entierros tuvo que pedir ayuda. Además, de repente, la comunidad se encontró con quince pensiones menos. Es solo un caso, pero es indicativo de las enormes dificultades para las religiosas”, explica sor





Las monjas, el tractor y una abadía especial

Las monjas de la Abadía de Santa María de Boulaur, (un pequeño pueblo del suroeste de Francia) para lanzar su crowdfunding llamado CredoFunding. El objetivo de la recaudación de fondos era la construcción de “un granero cisterciense del siglo XXI, moderno y abierto, arraigado en una tierra y una historia que mira hacia el futuro”. Las 31 monjas campesinas pretendían recrear una granja monástica y, para ello, posaron así de sonrientes sobre un tractor que les fue donado para trabajar sus 45 hectáreas de tierra, una pequeña finca que es la principal fuente de sustento de la comunidad. La foto ilustra la página web donde venden sus productos. También cuentan con veintiséis habitaciones que alquilan entre el albergue monástico y las casas de pueblo con cocina independiente. La antigua abadía se remonta al siglo XII. Las cistercienses llegaron en 1949 y comenzaron a restaurar el monasterio. (DCM)

Claudia Grenga, hermana de la caridad de santa Juana Antida y tesorera de la Unión de superioras mayores de Italia (Usmi), organismo nacido en 1950 para dar voz a más de seiscientos institutos religiosos de mujeres.

Sin financiación externa

¿Cómo viven las religiosas? No se puede generalizar en la respuesta. Las estadísticas hablan de alrededor de 650.000 mujeres repartidas por los cinco continentes en situaciones distintas, cambiantes de acuerdo al país, congregación, familia religiosa o instituto. El carisma es un factor a considerar, si son activas o contemplativas.

En común tienen todas que no cuentan con ninguna forma de financiación externa y deben sostenerse con hoy pocas fuerzas mientras que, en lugares como Italia, organismos como el Instituto de sostenimiento del clero sí paga un salario a los sacerdotes, unos 1.000 euros al mes.

Las que pueden trabajan como maestras, educadoras, enfermeras, comadronas, médicas, cuidadoras, empleadas del hogar, ingenieras o arquitectas. Otras se dedican a la pastoral de las diócesis o a están al servicio de la Santa Sede de la que perciben un salario. Hay quienes ganan lo suficiente y quienes no tienen nada o solo una pensión. “Hasta hace unos veinte años, se podía hablar de unas cuatro formas de sustento: trabajo de las empleadas, donaciones, actividades productivas y pensiones de jubilación. Ahora, con el aumento de la edad media de las religiosas, esta última es el principal recurso”, prosigue sor Claudia. Es un ingreso mensual fijo para quienes han cumplido 65 años y es independiente de cualquier cotización.

La cantidad es baja y oscila entre 450 y 600 euros que las destinatarias ponen en común al servicio de la comunidad. “En teoría, al ser algo que le pertenece a la persona, debería llegar a una cuenta privada. Sin embargo, esto sería incompatible con el voto de pobreza. Por ello, existen convenios con la Seguridad Social para recibir el cheque en la cuenta única de la comunidad donde reside la monja. En cualquier caso, si esto no es posible, esta última puede retirar el dinero y entregarlo personalmente a la responsable de la comunidad. En general, las herencias recibidas de las familias de origen también se ofrecen. No es una obligación para las hermanas de la vida activa, sí para las de vida contemplativa, y se hace si la persona lo considera oportuno. Sin duda, es difícil gestionar los activos por cuenta propia”.

La comunión de bienes

El voto de pobreza no implica, por supuesto, una vida de miseria. Significa no tener dinero propio. Para satisfacer las propias necesidades, la religiosa puede solicitar una cantidad a la tesorera o responsable de la comunidad. La distribución también se refiere al salario de las empleadas, pagado de acuerdo a cada convenio colectivo nacional.

“Las que tienen un empleo regular son cada vez menos debido al aumento de la edad media de las religiosas. Lo que implica una caída drástica de los recursos mensuales. En cuanto a las donaciones, son cosa de otra época y otra cosmovisión. Las donaciones de entonces se destinaban a la misión y a la realización de obras. Todavía hay algunas fundaciones con las que se puede contactar en caso de emergencia, pero contribuyen con





Un reality en el convento

El año pasado las Hermanas Oblatas del Niño Jesús pusieron su convento a disposición de un docu-reality televisivo en el que participaron: la entonces Madre General de la Congregación sor Daniela, la Madre Superiora sor Mónica, sor Felicita, sor Analía y sor Arleide. Se espera la segunda temporada

poco. Una forma de obtener ayuda es preparar proyectos y proponerlos a la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) o a la Unión Europea o a otros organismos. Los procedimientos requeridos son complejos y solo las instituciones más organizadas pueden salir adelante”, subraya la ecónoma de la USMI. Las actividades de producción se han reducido al mínimo. La pandemia ha dado lugar a un auténtico colapso financiero de las escuelas concertadas y las casas de convivencias. “Solo resisten los cursos profesionales financiados por la Región. Las clínicas concertadas son pocas y, debido a la falta de recursos, en su mayoría están confiadas a la gestión de empresas externas. El trabajo que antes realizaban las hermanas como una forma de contribución a la vida de su familia religiosa, ahora lo llevan a cabo empleados contratados, lo que empobrece aún más las arcas de los institutos. Los hogares de acogida siguen resistiendo el envite. Otro asunto es la dificultad de Ayuntamientos y Regiones de cumplir sus compromisos de pago con las instituciones religiosas que se ven obligadas a aguantar el tipo y a esperar aún a costa de endeudarse. Para hacer frente a la situación, se está intentando formalizar alguna forma de retribución, por mínima que sea, por las actividades pastorales realizadas por las religiosas en diócesis y parroquias. Por el momento no existe de manera sistematizada, aunque algún obispo o párroco ya entrega un pequeño salario. Lo ideal sería que esto no fuera solo un acto de buena voluntad, sino una norma. Para ello, estamos trabajando para establecer acuerdos entre diócesis y congregaciones religiosas”.

Comprometidas en diócesis y parroquias

El trabajo de las religiosas por la Iglesia, muchas veces gratuito, suscita debates y reflexiones. Hace dos años, durante un encuentro organizado por la UISG, la Unión Internacional de Superiores Generales, sobre la preven-

ción del agotamiento y la resiliencia en la vida religiosa, la oradora **Maryanne Loughry** llamó la atención sobre el horario de las hermanas dentro de las instituciones eclesiales. Hoy Maryanne reitera que “serían útiles los acuerdos con los distintos ministerios asociados sobre salarios, horarios y deberes”. Se da por sentado que quienes pertenecen a una orden religiosa reciben alojamiento y comida, pero el problema no es cómo vive, qué come y dónde duerme una religiosa en concreto. El problema es el sustento de la familia religiosa entera al que se une otro grave problema que es la tutela de los bienes, es decir, poseerlos y también mantenerlos. En algunos casos siguen siendo cuantiosos y fructíferos, pero muchas veces son inmuebles que ya no son rentables y necesitan reparaciones u obras de envergadura. Los bienes de los institutos son patrimonio eclesiástico y los institutos deben preocuparse por su gestión, teniendo clara la premisa de que los recursos económicos deben estar siempre al servicio de los fines del propio carisma.

Cada instituto resuelve por sí mismo

Cada monasterio es sui iuris, es decir, goza de autonomía jurídica. Pero si esto es señal y garantía de independencia, y por tanto de libertad, la contrapartida es que a veces hay más dificultades para recibir ayudas externas.

De este modo, muchos conventos se ven abocados a la desaparición debido a las pocas vocaciones y los elevados gastos de mantenimiento. El pasado mes de mayo, las tres monjas que permanecieron en el monasterio de Santa Croce di Sabiona, en Tirol del Sur, tuvieron que marcharse después de más de tres siglos de presencia. “Cuando una comunidad ya no puede garantizar su futuro económico de forma independiente, el adiós es un paso drástico, pero necesario. Hacerlo no significa fallar. Es una muestra de responsabilidad. Todo lo que un monasterio ha vivido y ha logrado durante su existencia sigue siendo precioso y duradero”, explica el abad **Albert Schmidt**.

La cuestión está muy presente en la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Hace un año más de trescientas monjas de clausura, superiores o ecónomas de toda Italia, se reunieron en Roma en el Auditorio Antonianum para participar en el encuentro, “Economía al servicio de las formas de vida contemplativa”, organizado por la CIVCSVA, que pretendía promover determinadas pautas con el fin de administrar mejor el patrimonio de las comunidades.

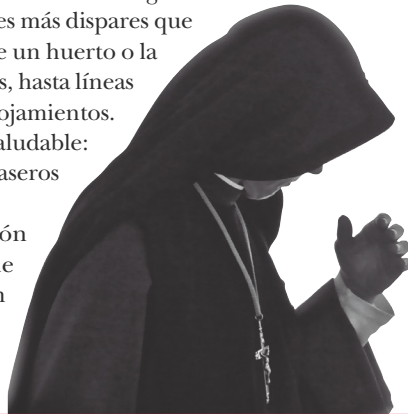
En la web de la Fundación Monasteri, sor **Monica della Volpe**, abadesa de Valserena, el monasterio toscano trapense, escribe que las hermanas destacaron que el patrimonio está dirigido a la misión (o fin) del carisma, y debe ser mantenido; que la contabilidad y los balances son importantes; que la transparencia es una forma de testimonio; que la responsabilidad y la confianza también son esenciales para el buen funcionamiento de cualquier actividad; y que la gestión de los bienes no es algo separado de la vocación religiosa, sino parte de la vocación misma, de su testimonio, de su misión. Y también destacaba que el ecónomo de la comunidad de vida consagrada no debe ser un experto en todo

porque para eso se puede consultar a profesionales en la materia. La tarea del ecónomo es pensar, entender lo que se quiere y planificar cómo gestionar porque una misión sólida necesita una economía sólida. Una situación económica fuerte se traducirá en un trabajo serio, competente, comprometido y sostenible, adaptado a las fuerzas de la comunidad y abierto a los ingresos. No se trata de un juego o pasatiempo ascético, sino de una verdadera herramienta para ganarse el pan. “Y entonces, aunque la comunidad viviera en un espléndido monasterio del siglo XII, su pobreza evangélica tendrá un gran significado, y su belleza y esplendor serán para la edificación de las almas y para la gloria de Dios”.

Asistencia a la clausura

Dada la situación tan particular de las contemplativas, menos de 40.000 en el mundo -algo más del 6 por ciento de las religiosas-, para ayudar a la clausura existe un Secretariado de Asistencia a las Monjas, organismo vinculado a la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades Apostólicas. Las nuevas reglas de la instrucción *Cor orans*, de 2018, prevén, para el reconocimiento de la autonomía de un monasterio, “condiciones económicas que garanticen que la comunidad pueda satisfacer las necesidades de la vida cotidiana por sí misma”. Tarea que realizan las religiosas de clausura a través de las actividades más dispares que van, desde el tradicional cuidado de un huerto o la preparación de mermeladas y dulces, hasta líneas de ropa y cosmética o alquiler de alojamientos. Dormir con las monjas es barato y saludable: los desayunos a base de productos caseros son excelentes.

La reconversión y diversificación de actividades es un signo más de los tiempos. Las monjas combinan audazmente el carisma que animó



a sus fundadores y fundadoras con el mundo de hoy. Con gran visión, redefinen sus estrategias de marketing y utilizan inteligentemente los medios de comunicación y la televisión. Hace un año, la entonces superiora general de las Oblatas del Niño Jesús, sor María Daniela Faraone, puso a disposición la hospedería “La Culla” en Sorrento, como escenario del reality show *Ti spedisco in convento* (Te mando al convento), del que ella misma y sus cohermanas fueron protagonistas junto con un grupo de chicas que buscaban la fama televisiva.

Formación y competencia

Sin embargo, la gestión administrativa y financiera no es fácil. De ahí la necesidad de una formación adecuada. “Esta última es responsabilidad de las órdenes y congregaciones. Según sus necesidades y posibilidades, en ocasiones, promueven los estudios en Economía y Derecho entre algunas hermanas. Además, desde hace algunos años, la Universidad Pontificia del Claretianum dispone de un diploma de gestión de entidades eclesiales para las religiosas encargadas de la administración”, explica sor Claudia.

Algunas familias religiosas todavía son muy numerosas y están presentes en los cinco continentes. Son “empresas” multinacionales. Como las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, las más numerosas, con unas 13.000; las Hijas de María Auxiliadora con 11.500; las Carmelitas Descalzas con 10.000; las Clarisas Franciscanas con 7.000; y las Clarisas con unas 6.500.

Al margen de los números, “el verdadero secreto para una buena gestión sigue en el Evangelio: poner lo que se tiene en común, como la Iglesia primitiva, y trabajar todos por una sola causa que es una forma de vida evangélica en plenitud, según el propio carisma, al servicio de los hermanos”, concluye sor Claudia Grenga. En definitiva, ser levadura, el auténtico núcleo duro de cualquier “negocio”.

La independencia y la libertad contra los abusos

La falta de independencia económica representa el mayor obstáculo que impide a las mujeres salir de situaciones de violencia.

Pero, ¿qué sucede cuando la dependencia económica es constitutiva a la elección de vida o cuando no es el resultado de la opresión, sino de una entrega a la vida comunitaria, ya sea a través del voto de pobreza o de austeridad? ¿Cuánto y cuándo el ejercicio de una autoridad superior, vinculada al voto de obediencia, se convierte en un abuso de poder y también “fi-

nanciero” y en una forma de violencia económica?

¿Y en qué medida y cómo la dependencia económica se convierte en un factor que frena la denuncia de los abusos sexuales sufridos por las consagradas de parte de los religiosos? ¿El sometimiento económico de la víctima es un elemento de chantaje y coacción por parte del abusador? Religiosas, abogadas y activistas que están lidiando con el fenómeno de los abusos perpetrados contra las consagradas de parte de consagrados tratan de dar respuesta a todas estas preguntas.

En las recientes disposiciones introducidas con determinación por el Papa Francisco, e implementadas por algunas Conferencias Episcopales, se incide en la categoría de persona vulnerable, ampliando el significado contenido en otros textos y derivado de las interpretaciones canónicas vigentes sobre los delitos contra el sexto mandamiento. En el apartado 2 del art. 1 del *Motu Proprio* de 26 de marzo de 2019 *Sobre la protección de menores y personas vulnerables*, “vulnerable” se define como “toda persona en estado de enfermedad, deficien-

cia física o mental, o privación de la libertad personal que, incluso ocasionalmente, limite su capacidad de comprender o querer o, de resistirse al delito”. ¿Se incluirá en ella a las consagradas maltratadas sin que suponga una humillación mayor?

La caja de Pandora, ya resquebrajada por la fuerza de algunas mujeres valientes apoyadas por superiores libres, se ha roto. Una fractura que llevó a un Papa a llamar “lobos” depredadores a sus “hermanos”. Se está haciendo camino al andar, pero el camino todavía es largo.



El camino de siempre hacia una vida nueva

La hermana **Rosamaría** dirige dos elegantes hoteles en la isla de Ortigia, en Siracusa. Ambos edificios son propiedad de las Hermanas Ursulinas de la Sagrada Familia. “Tuvimos que inventarnos un trabajo, así que seguimos la tradición turística del territorio”, explica la monja que a mediados de los noventa ya veía claro este camino empresarial siguiendo el espíritu de la fundadora **Angela Merici**: “Mantente en el camino de siempre, pero haz una vida nueva”.

El primer hotel, Domus Mariae, fue antes un albergue. La renovación de 1995 le dió un aspecto nuevo. En 2008, los ingresos obtenidos permitieron renovar el edificio de enfrente, Palazzo Interlandi, una residencia noble del siglo XIV que ahora es la casa de vacaciones Domus Mariae Benessere, con spa incluido. Rosamaría gestiona todo dando así buen uso a su licenciatura en Economía y Comercio.

“Conozco las críticas de quienes piensan que queremos ganar dinero”, comenta. “Ofrecemos precios de 3 estrellas por un servicio de 5 estrellas. Apenas podemos cubrir los costes operativos y los impuestos, ya que el Estado nos trata como si fuéramos una gran cadena hotelera. Nuestra intención no es solo hacer negocio. Somos un servicio a la comunidad con instalaciones como los hoteles-clínica”. Los sacerdotes que quieran quedarse reciben un gran descuento en el alojamiento y también las familias en dificultad o con discapacitados pueden pasar unos días de relax a un precio muy asequible. Rosamaría trabaja muchas veces como recepcionista para ahorrar gastos: “Mis tres hermanas tienen noventa años, me ayudan con la oración”, sonríe. “Las

DE LAURA EDUATI

Las ursulinas de la Sagrada Familia han hecho de la hostelería su sustento

ganancias se destinan al fondo común de la familia religiosa que ayuda económicamente a las hermanas según sus necesidades”. La satisfacción son las críticas positivas en *Booking*: “No recibimos ni salario ni ayuda del Vaticano. Tenemos que arreglárnoslas”.

Las hermanas se han convertido en gerentes o empresarias por necesidad. Como las Clarisas de Arundel, en Sussex que el invierno pasado grabaron un álbum de música religiosa y música electrónica que llegó al quinto puesto de la lista británica.

Porque las religiosas tienen que vivir y están aprendiendo a manejar las herramientas de la venta online. En Francia, las monjas benedictinas de la abadía de Saint-Vincent en Chantelle producen cremas y lociones con una facturación de 1,2 millones de euros destinados a la renovación de edificios antiguos. Sus monasterios han creado una marca que une los productos de frailes y monjas llamada *Made in Abbeys*. En España, la web *declusura.org* vende cervezas, mermeladas, cremas artesanales, barquillos o incluso capones elaborados para Navidad. En Estados Unidos, las monjas de la orden de Predicadores han iniciado la producción de ropa de trabajo para hospitales que confeccionan mujeres en riesgo de exclusión. Debido a que carecían de habilidades gerenciales y comerciales, aceptaron la ayuda de los estudiantes de economía de la universidad local.

El negocio no siempre va bien y los beneficios pueden ser escasos. Es duro, pero es lo que sucede en todo el mundo donde las religiosas dan rienda suelta a su creatividad para mantener sus congregaciones.

“No tenemos nada nuestro”, especifica **Elisabetta** de las Hermanas Obreras de la Santa Casa de Nazaret, que por carisma ha optado por trabajar en una empresa de Padua. Todo el salario se ingresa en la cuenta de la comunidad compuesta por cinco religiosas. “Si quiero darle un regalo de bodas a un colega, tengo que compartir la decisión y si recibo regalos de mi familia, pasa lo mismo”, comenta. Esto también se aplica a las herencias familiares. Según el Derecho Canónico, si una religiosa recibe una propiedad de sus padres fallecidos, pasa a ser propiedad de la congregación.

“En nuestro caso ocurre muy raramente”, comenta sor **Agnese** del monasterio carmelita de Carpineto Romano, cerca de Roma, donde la obra principal es la confección de los escapularios, una tradición que aún persiste pero que da poco dinero. “Hagamos los cálculos rápidamente –dice– logramos producir algunos miles de escapularios al año que vendemos a 50 céntimos cada uno para ofrecer un precio atractivo. Eso nos deja un margen de beneficio de unos pocos cientos de euros”. El trabajo artesanal de las quince monjas incluye la creación de escapularios pintados de oro, la confección de estolas y casullas, manteles para misa tanto en pintura como en oro, recuerdos de bautizos o confirmaciones, rosarios, marcapáginas y marcos. Tienen tienda online y atienden pedidos del extranjero. Durante 4 horas al día se encargan del negocio para dedicar el resto del tiempo a la oración y la gestión del monasterio. Pero la facturación es tan escasa que, para sobrevivir, las monjas necesitan la comida que les proporciona Cáritas o aceptan donaciones de sus familiares. Tampoco son muy altos los ingresos de los huéspedes donde se realizan retiros espirituales. Solo piden la voluntad.

Otra práctica son las donaciones a cambio de oraciones. Las salesianas de Haledon, Nueva Jersey, piden ayuda económica para las monjas ancianas que necesitan cuidados costosos. El programa se llama *Adopt a sister* (adopta una hermana).





Un empujoncito a la Providencia

DE IVANA PAIS

El crowdfunding es una vía en auge para los ingresos de las comunidades

La Historia nos enseña que los fenómenos naturales imprevistos han movido oleadas de solidaridad. Así sucedió durante la plaga del siglo XIV cuando aumentaron los legados testamentarios. En nuestros días, la emergencia del COVID ha despertado la solidaridad de una forma peculiar mediante el *crowdfunding*, la microfinanciación a través de plataformas digitales.

Fenómenos como el *crowdfunding* o el *fundraising* hunden sus raíces en la misma historia de la Iglesia. Incluso aquello que parece inherente a Internet, como la visibilidad mutua entre donantes, encuentra un precedente histórico, por ejemplo, en la práctica generalizada en muchas iglesias de colocar un pergamino en el respaldo de los bancos con el nombre de la familia o de la persona que hizo una oferta.

El *crowdfunding* se ha popularizado en Italia a partir de 2013. Desde entonces, ha habido numerosos proyectos promovidos por parroquias y congregaciones religiosas para la restauración de edificios religiosos u obras de arte. La última novedad es la difusión de campañas promovidas por religiosas que viven de la Providencia para apoyar a sus comunidades. Las monjas de Sant'Angelo en Pontano han confiado en Gofundme para recaudar los fondos necesarios para ampliar la hospedería donde viven desde 2016, cuando el terremoto dañó su monasterio. Hasta ahora han recaudado casi 10.000 euros de 78 donantes, pero el objetivo es ambicioso porque necesitan 300.000 euros. En *Produzioni dal Basso*, se lanzó una campaña de solidaridad hacia las religiosas de clausura del Monasterio de Santa Chiara en Oristano. Un grupo de amigos del convento produjo un libro

fotográfico que documenta la vida de las Clarisas. El proyecto superó el objetivo de los 10.000 euros gracias a las aportaciones de 186 mecenas.

En Francia se fundó *CredoFunding*, una plataforma de *crowdfunding* para proyectos de las comunidades cristianas a través de donaciones y préstamos, que cuenta con 48.000 suscriptores. Desde 2014 ha financiado 700 proyectos por un total de 12 millones de euros donados y 15 millones de euros en modalidad de préstamo. Entre los proyectos exitosos, destaca el promovido por las Hermanas Apostólicas de San Juan, que plantea un problema acuciante: el cuidado de las monjas ancianas y enfermas. Recogieron donaciones de 1.598 personas por un valor de 174.654 euros, superando la meta de los 150.000 euros necesarios para reformar sus instalaciones y crear una enfermería.

Los promotores de los proyectos tienen que implicar a los donantes en su idea y explicarlo en persona a través de un video que facilita la construcción de una relación de confianza, especialmente, en ausencia de una relación directa entre el donante y el destinatario. Esta es quizás la característica del *crowdfunding* que crea más dificultades para quien lanza un proyecto en cualquier ámbito por la consolidada resistencia cultural a pedir ayuda. A esto se suma un rasgo peculiar del tercer sector, por el cual se espera que los buenos proyectos puedan hablar por sí mismos.

Pareciera que hacer el bien excluyese el autopublicarlo. Si a esto le sumamos el hecho de que la vida cotidiana de las religiosas, sobre todo las de clausura, se caracteriza por estar retiradas del mundo para dedicarse a la oración y al trabajo y permanecer al margen Internet y de las formas narrativas del *crowdfunding*. Hay numerosas congregaciones que están familiarizándose con este lenguaje y sus reglas.

No debemos olvidar que se trata de campañas impulsadas por mujeres. La investigación sobre *crowdfunding* está mostrando dinámicas interesantes con respecto al sexo de los promotores de campañas. Los investigadores se preguntaron si el *crowdfunding* permitía eludir la discriminación en el acceso a las donaciones generalizada en los canales tradicionales. Los resultados muestran que las mujeres están presentes en un porcentaje más bajo que los hombres entre los planificadores de campañas de *crowdfunding* y los financiadores. El diseño de las campañas suele estar a cargo de las mentes femeninas, especialmente, si se trata de proyectos de sectores como la danza, la moda o la alimentación. Son minoritarias en sectores como los videojuegos, el cómic y la tecnología.

Se ha comprobado que los donantes masculinos suelen favorecer los proyectos impulsados por hombres. Hay una excepción interesante. Es la que se produce cuando una mujer presenta un proyecto en un contexto típicamente masculino y es entonces cuando otras mujeres deciden apoyarla. Por ejemplo, en el caso de proyectos tecnológicos. No sabemos si las iniciativas de las hermanas fueron apoyadas también por mujeres. Sin duda, sería una hermosa forma de solidaridad femenina.

Monasterios sorprendentes

DE ANTONELLA CILENTO

Cuando llamo al telefonillo de via Pisanelli n. 8 no estoy sola. Me acompañan los tres mil años de historia de este lugar que es el corazón del corazón de Nápoles, el tercer decumanus, el que los turistas no frecuentan y que desde la Edad Media se llama l'Anticaglia.

El nombre se le atribuye al gran anfiteatro donde cantaba Nerón, envuelto por los edificios cuyos arcos aún separan las ventanas. Hay una puerta a pie de calle. Una mujer recibe a quien llama y, una vez dentro de la estancia, retira una cama y conduce a sus invitados hasta el Imperio Romano en el mismo barrio donde los alejandrinos hacían carreras con antorchas.

No son solo las huellas griegas y romanas las que hacen de l'Anticaglia un lugar precioso. Aquí se superpone la milenaria historia sagrada de la ciudad. En los mismos lugares donde se levantaron los templos de Caponapoli, desde la época del Ducado bizantino hasta el siglo XIX, a lo largo de este camino que atraviesa la Acrópolis de Partenope, hubo monasterios e iglesias de los períodos angevino, aragonés y español. Un caballero aragonés en pose cortesana espía a los transeúntes desde el patio del Palazzo Bonifacio, entre la ropa tendida y una caldera. Más adelante está la casa del poeta **Torquato Tasso**.

Y aquí, en via Pisanelli 8, está el último monasterio de clausura de Nápoles que ha permanecido intacto desde su fundación en el siglo XVI por encargo de la venerable **María Lorenza Longo**. Estamos en Santa María de Jerusalén, o el Monasterio de las Treinta y tres, donde la regla exige que no se hospeden más de treinta y tres hermanas, una por cada año de Cristo. La historia de Longo es famosa porque Nápoles (y Europa) le deben el primer hospital público para pobres, los Incurables, centro y faro de la ciencia médica durante tres siglos, sede de una suntuosa farmacia del siglo XVI y del museo de artes de la salud. Hizo falta una mujer para pensar en un hospital que no distinguiera entre ricos y pobres, así como, tres siglos después, hizo falta otra mujer, **Teresa Filangieri**, para

imaginar un hospital dedicado solo a los niños, el actual Santobono, el hospital pediátrico más antiguo del mundo.

Estoy aquí para reunirme con las clarisas capuchinas de las Treinta y tres porque, si son las mujeres las que hacen grandes obras, siempre son las mujeres las que no son reconocidas ni premiadas por sus intuiciones o vocaciones. Por ejemplo, las hermanas no están económicamente sostenidas por la Iglesia, ni viven de las rentas ya que profesan la pobreza absoluta.

¿Cómo se sustenta un monasterio del siglo XVI, con todos los costes de mantenimiento que tiene? ¿Cómo logran mantenerse las Treinta y tres, que han sido menos numerosas durante años? Vine a preguntarle a la abadesa, sor **Rosa Lupoli**.

Las clarisas de Nápoles se reinventan para sobrevivir

Cuando la puerta de metal se abre, una fisioterapeuta sube conmigo ya que se dirige a las habitaciones de las hermanas mayores. Mientras, una hermana sonriente me pasa una llave para que pueda abrir una pequeña puerta y entrar en una habitación con una ventana renacentista que da al jardín, austera y muy sencilla, donde estoy esperando a la hermana **Rosa**.

Hoy algunos investigadores han venido por sorpresa a fotografiar la cabeza de María Longo, una preciosa reliquia del Monasterio. Así, tengo tiempo de disfrutar del viento que sopla entre las antiguas murallas. Con la hermana Rosa, que tiene casi mi edad y parece una niña, llega otro soplo de aire fresco de poderosa e inteligencia, alegría y entusiasmo. La primera pregunta: ¿cómo se las arreglan?, ¿cómo sobreviven?, ¿con qué recursos económicos mantiene el monasterio?

La total independencia de los monasterios femeninos siempre se ha dado por sentada, por lo que en el mundo secular la noticia suena sorprendente: el caso de las Treinta y tres es aún más claro, ya que la pobreza personal es condición impres-

cindible para la profesión solemne. Las clarisas capuchinas ingresan en clausura renunciando, ante notario por dos veces, a los bienes muebles, herencias familiares y eventuales herencias que pudieran recibir de terceros. El origen de la orden establece una auténtica pobreza que pasa por vivir de la Providencia, al día. Nada más.

Por lo tanto, no hay bienes. Solo reciben donaciones esporádicas y, como mucho, se dedican a producir objetos artesanales, ya que el monasterio era famoso por las figuras de cera y por los bordados de seda para vestimentas religiosas. Pero hoy, con un número muy reducido de hermanas y de mucha edad, estas actividades se han vuelto imposibles.

Entonces, ¿cómo compran comida o medicamentos?, ¿y los costes propios de un edificio tan antiguo? Porque se cae a pedazos. Recientemente, dice Rosa, las tuberías se han roto. Con gran esfuerzo se obtuvo la conexión de gas ciudad para calefacción. ¿Cómo pagan estos gastos?

Además, para respetar la antigüedad e historicidad de la propiedad, cualquier trabajo tiene que ser supervisado por las





autoridades. Con la unificación de Italia, el monasterio pasó a ser propiedad del Estado que no invierte en él ni un solo euro. Por eso, las Treinta y tres, en realidad las ocho, viven de donativos que llegan en Navidad o Semana Santa. Algunas de las hermanas presentes en el monasterio en los años posteriores al terremoto de 1980 llegaron a percibir una pensión social muy baja que después les fue retirada.

La venerable María Longo dejó por escrito que sería el hospital de los Incurables el que tendría que ocuparse de las Treinta y tres, pero, en realidad, el hospital siempre ha tratado de liberarse de tal compromiso y hasta de apropiarse de algunas partes del monasterio. Han recuperado el histórico dispensario antituberculoso y el refectorio con frescos. Las religiosas esperan además que pronto se derribe el muro construido en medio del jardín de clausura.

Desde que llegó hace treinta años, sor Rosa no ha perdido el ánimo. Así ha recuperado poco a poco el refectorio con frescos del convento. Lo ha confiado a una entidad sin ánimo de lucro. También recuperó el Atrio de las Treinta y tres, que

acoge conciertos, conferencias y eventos culturales a cambio de la voluntad. La religiosa tampoco me oculta que ha habido ocasiones en las que han tenido que aceptar comida de Cáritas.

El ostracismo, el prejuicio y el abandono en torno a la vida monástica femenina han existido siempre porque, cuando se habla de monacato se piensa en el forzado, aquel que a lo largo de los siglos ha forjado la imagen de la monja de Monza. Hha pasado al olvido la abrupta abolición de las órdenes posunitarias que vació por la fuerza los monasterios femeninos de toda Italia. Y en Nápoles eran muy numerosos.

En la ciudad había miles de monjas de muchas órdenes. A ellas, la ciudad les debe incluso la tradición pastelera de las sfogliate y las santarosa. Eran órdenes muy antiguas cuyas iglesias estaban bien cuidadas y estaban muy concurridas. Con la Unificación se vaciaron los monasterios napolitanos, se echó a las monjas y se confiscaron sus bienes. Todo se convirtió en estatal como el rico monasterio de Santa Patrizia, un monasterio milenario en San Gregorio Armenio, o Santa Clara, eje de la religiosidad combinada con el poder angevino y aragonés. **Matilde Serao** es la única que ha contado este despojo gigantesco y la violencia infligida a las monjas obligadas a regresar al mundo sin ningún apoyo económico.

Su novela *Sor Juana de la Cruz* (1901) es un extraordinario fresco del vaciamiento del convento de sor Orsola, un retrato del miedo y la incompreensión de las monjas de clausura puestas en la calle de un día para otro, a veces sin familia a la que volver, expulsadas del ascetismo elegido con profundo amor y deseo, alejadas de una comunidad y presas del pánico por la pérdida de apoyo económico. Mientras que la anciana abadesa del monasterio pudo regresar a su rica familia de origen, a sor Juana le tocó padecer el hambre, la humillación, el engaño y la violencia. A la pobreza material se unió la pobreza humana que encontraba en las calles y hogares. Como una hermana y un sobrino que la engañaron y la robaron o la humillación de tener que vender unos bordados a una prostituta.

La profunda angustia que comunica la novela de Matilde Serao se hace tangible mientras charlo con Rosa cuando me cuenta su historia personal.

Es de Ischia y creció junto a una madre muy devota, aunque ella permaneció durante años muy alejada de la Iglesia. Rosa fue jugadora profesional de voleibol desde los trece a los veintitrés años. Se licenció en Literatura Moderna. Un accidente le impidió continuar con el deporte y empezó a darse cuenta de que tenía con Dios una cuenta pendiente. Volvió a frecuentar la parroquia y se matriculó en teología. Era la única mujer. Descubrió a las Treinta y tres un 3 de febrero de 1990 cuando una amiga ingresó en el convento. A Rosa le resultaba imposible que aquel mundo pudiera interesarla o atraerla, pero cuando vio entrar a su amiga decidió charlar con sor **Clara** para comprenderlo todo mejor.

En unos meses, cambió por completo. Ingresó en el monasterio el 5 de mayo del mismo año. **Ángela**, su amiga, se marchó de él seis años después. Ella lleva dentro ya treinta muy felices años. El camino no fue sencillo. Le tocó convencer a su párroco y superar la oposición de sus padres porque no se da por hecho que los seres queridos acepten una elección que incluye la renuncia a toda seguridad económica... La seguridad, divinidad de nuestro tiempo.

En este espacio tan sereno y feliz, no es ajena al mundo. Rosa es fan del Nápoles, decidió que las Treinta y tres debían tener una página web, presencia en Facebook y una relación más intensa con la ciudad propiciada por la entidad sin ánimo de lucro que organiza visitas guiadas en los espacios accesibles a su monasterio.

Pregunto a Rosa quien se presenta hoy en ese torno donde ella se asomó con curiosidad para preguntar. Me cuenta que vienen muchas mujeres adultas y decepcionadas de la vida que luego abandonan porque no entienden cómo funciona la clausura, que es un medio y no un voto. A estas alturas, me dice, por fin estamos empezando a hablar de institutos consagrados mixtos, aunque es difícil dialogar con la parte masculina de la Iglesia, poco interesada en la vida monástica femenina.

Dejo Santa María de Jerusalén con la impresión de ver aún más silenciosa la bella Nápoles antigua, privada de otras voces, de otros testimonios y de nuevas verdades femeninas. Parece imposible que desde aquí, surja la desigualdad. En este lugar que sobrevivió a la unificación de

Italia porque era tan pobre que no interesaba al bolsillo de nadie.

Una pobreza que representa la riqueza más verdadera y antigua y cuya existencia nos debería atraer más a todos.



Derechos, reglas y contratos también si se trabaja para la Iglesia

DE FEDERICA RE DAVID

En las relaciones de las religiosas con sus empleadores se ha desdibujado lo que yo defino como fronteras. Es una cuestión que debemos afrontar". Habla **Maryanne Loughry**, religiosa de la Misericordia, profesora del Boston College, consultora del Servicio Jesuita a Refugiados y de otras agencias católicas de migración. *¿Cómo se delimitan esas fronteras?*

Con transparencia y conocimiento de los derechos propios basados en acuerdos escritos que son útiles en el momento en que cambian los deberes. Por ejemplo, que la religiosa se vea obligada a trabajar hasta altas horas de la noche o los fines de semana, sin tiempo para ella y su congregación. La situación se complica cuando ni ella ni la superiora cuentan con los términos de la relación reflejados en un papel. Sería útil establecer acuerdos entre los distintos ministerios asociados sobre salarios, horarios y funciones.

¿Y es fácil conseguirlo?

Puede serlo en países europeos y occidentales donde estamos familiarizados con estos términos. Pero hay personas o congregaciones de las que todavía se aprovechan cuando no existen tales documentos escritos. Esto puede llevar a situaciones en las que una o más hermanas que ya no trabajen para la diócesis o el párroco se queden sin hogar sin previo aviso. O casos en los que la religiosa responde más al empleador que a la congregación cuando las autoridades eclesiásticas le dicen que debe hacer esto o aquello, independientemente de las obligaciones que tenga hacia su comunidad. Y estos dos elementos entran en conflicto y crean tensión. En la Iglesia hay cosas que se dan por sentado, como que hemos de ser generosos y serviciales. No hay que renunciar a estas cualidades, pero creo que a veces se abusa de ellas. Y hay también otra cuestión importante.

¿Cuál?

La de la responsabilidad. En el ámbito de la asistencia a los niños y las personas vulnerables necesitamos roles muy claros, puestos por escrito de tal manera que las personas asuman la responsabilidad de su propio comportamiento. La cultura de los derechos va en dos direcciones: las religiosas debemos ajustarnos a lo que se nos pide.



BERKLEY CENTER, GEORGETOWN UNIVERSITY

Sor Maryanne Loughry es la consultora del Servicio Jesuita a Refugiados

Desafortunadamente, ha habido casos en los que las hermanas no han hecho lo correcto. Debemos ser honestas y asumir la responsabilidad. En estos casos, son muy útiles los códigos de conducta firmados.

¿De dónde hay que partir?

De nuestras mismas congregaciones. Tanto las propias religiosas como las congregaciones necesitamos saber cuáles son nuestros deberes, cuál es nuestro tiempo de descanso, de vacaciones, cómo solicitar un permiso o qué prestaciones nos corresponden. Si esto sucede, o tienes necesidades extra, con un acuerdo por escrito la superiora puede saber cómo reaccionar ante las peticiones de los párrocos, las diócesis, las escuelas... En algunos países, como Australia, tenemos estos acuerdos escritos, pero en otros no. Si no sabes cuáles son tus derechos o no los tienes, vives en la incertidumbre. Esto hace que las religiosas sean vulnerables.

¿Quién ha de ocuparse de esto?

No creo en las reglas establecidas desde arriba sin consultar. Por parte de la Unión Internacional de Superiores Generales, se pueden proponer ejemplos de estas políticas, acuerdos ministeriales, códigos de conducta o modelos de convivencia. Pero luego depende de los líderes locales compartir buenas prácticas y desarrollarlas

de abajo hacia arriba: preguntando a las hermanas qué funcionaría en Nepal o Sri Lanka, en lugar de en Boston o Roma. Y algunas políticas necesitan ser revisadas, porque algunas vivimos como vivían hace cien años, y los tiempos están cambiando.

¿Qué impulsa la necesidad de ser más transparentes?

Desafortunadamente, escándalos como los abusos sexuales, financieros y físicos. La Iglesia ha tenido que asumir su responsabilidad por su mal comportamiento.

¿Se puede poner al día la Iglesia este ámbito?

Parte del problema es que ahora tenemos muchas hermanas mayores y no tantas jóvenes. Las jóvenes tienen una nueva forma de pensar, ven el mundo también a través de las redes sociales y quieren tener más tiempo de ocio. Se necesita una mente abierta para compaginar esto. Vivimos en un mundo con conciencia de género. Pero en la Iglesia seguimos sufriendo el clericalismo y el control sobre feligresas y religiosas se está convirtiendo en una fuente de tensión. Estamos llamadas a trabajar, pero no siempre llamadas al liderazgo. Movimientos como *MeToo* y *Black Lives Matter* han aportado igualdad al mundo. Pero nuestra Iglesia es muy jerárquica. Alguien usó el término *gender blind* para explicar que cuesta que nuestra contribución cale y cuesta que se comprenda cómo nos sentimos cuando no somos reconocidas o escuchadas. Tenemos más mujeres líderes en la política mundial que en la Iglesia y la Iglesia no sobrevivirá si no se adapta.

¿Mejorar las condiciones laborales es un buen punto de partida?

Conozco monjas que van a trabajar, luego vuelven a la congregación y tienen que cuidar a las hermanas mayores, cocinar... no tienen vida privada ni momentos de descanso. Si no nos cuidamos, siquiera con ayuda psicológica, no podremos cuidar a las personas que nos rodean con la energía necesaria. No es fácil, porque las religiosas piensan que solo tienen que cuidar de los demás. Pero si no te preocupas por ti misma, puedes terminar agotada, enfadada, deprimida... Si comentas que hay un problema, por ejemplo, que necesitas ayuda para cocinar, todo el mundo lo sabrá. Si lo mantienes en secreto, te tocará hacerlo todo y lo acabarás haciendo. Pero estarás más disgustada. Y eso no es bueno.



Las franciscanas misioneras de Cristo han hecho sostenible su entrega a los vulnerables

Un plan de negocio de fe, esperanza y caridad

DE LUCIA CAPUZZI

Han pasado más de cien años desde que **Teresa de Jesús Crucificado**, también conocida como **Faustina Zavagli**, se apresurase a ir a la Capilla de San Onofre en Rimini. Se postró al pie del gran lienzo de la Crucifixión. Con la mirada fija en los brazos abiertos de Cristo, la monja le abrió su corazón lleno de angustia. El dinero se había terminado. Las arcas de la fraternidad se habían agotado por la necesidad de hacer estudiar a las numerosas niñas a las que la pobreza les negaba la educación. Al día siguiente no habría forma de comprar comida para las pequeñas, venidas de las zonas más pobres y acogidas en esa primera casa. A Teresa de Jesús Crucificado no le faltó nunca la creatividad desde que empezara en 1882 con este proyecto. Tenía casi cincuenta años y había tenido que abandonar la vida contemplativa por motivos de salud. Sintió que estaba en un callejón sin salida. Entonces se volvió hacia el Crucifijo: “Señor, ocúpate Tú”. De lo contrario, no tendría más remedio que vender una preciosa pintura. Finalmente, no fue necesario. Los testimonios relatan que, poco después, la fundadora de las Hermanas Franciscanas Misioneras de Cristo encontró la suma que necesitaba para poner en práctica su intuición: dar educación y oportunidades a los privados por la injusticia.

Cuando pasa frente al cuadro, suele pensar en ese episodio la hermana **Lorella Chiaruzzi** que, hace tres años, fue llamada a dirigir el instituto como madre superiora. Incluida la carga de tener que garantizar el sustento a una familia pequeña, pero no tanto: 158 hermanas repartidas por Italia, América Latina y África. Manteniendo la fe en el testamento de ese **Francisco** cuyo carisma nutre el instituto: “Y trabajé con las manos y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los demás frailes trabajen en un oficio acorde con la honestidad. El que no sepa, que aprenda, no por codicia de recibir la recompensa por el trabajo, sino para dar ejemplo y alejar la ociosidad”.

“El ímpetu, la inventiva y la confianza en la Providencia son los pilares de nuestro plan de negocio para el desarrollo de la empresa”, bromea sor Lorella. Si en términos de espíritu y misión no hay forma de cuantificarla, en números, la congregación se parece a una empresa mediana que para mantenerse en pie debe encontrar recursos con los que pagar a un centenar de empleados, mantener sus estructuras y cumplir con las obligaciones burocráticas y fiscales. Además de velar por el mantenimiento de las religiosas. No es de extrañar que sor Lorella, de vez en cuando sienta la misma angustia que Teresa frente al Crucifijo. “Sí, tengo que admitir que doy mucha importancia a los temas económicos. Para las cuentas, me ayudan dos empleadas y un

gestor. Cada casa tiene su propia contabilidad”. Otras cuatro hermanas, como signo de sinodalidad, ayudan a la superiora en las tareas de gobierno. Porque los problemas que acaban en el despacho de sor Lorella son muchos. Son los propios de cinco escuelas, dos residencias de ancianos y una casa de convivencias. Luego están el noviciado en Asís, el estudiantado en Roma y la reciente experiencia intercongregacional en la diócesis de Spoleto. Y las misiones en Brasil, Etiopía y Tanzania. También hay una nueva e incipiente experiencia en Mozambique. Los proyectos exteriores se mantienen con el trabajo del campo y las microempresas, por ejemplo, con un horno creado para producir un pequeño ingreso, así como para dar trabajo a los más vulnerables de la comunidad, en especial las mujeres. “Solo el proyecto brasileño es autónomo gracias al salario mínimo que reciben las tres hermanas por el servicio pastoral en la parroquia. Los demás proyectos dan más trabajo, pero es porque son más grandes y exigentes y necesitan que los sigamos sosteniendo desde Italia. Lo hacemos con recaudaciones de fondos, donaciones de benefactores y mercadillos solidarios. Y, sobre todo, con el fondo del secretariado misionero que cada vez es menor”. Cada año salen unos cuarenta mil euros desde la casa madre para las ocho comunidades del sur y noreste de Etiopía y las tres en Tanzania, donde las Hermanas Franciscanas Misioneras de Cristo han establecido clínicas, centros para niños y escuelas. En 2019 rondaron los 4,8 millones de euros frente a los 4,5 millones de ingresos. Estos últimos provienen de las cuotas de las residencias de ancianos y las escuelas privadas. Pero estas últimas están disminuyendo porque cada vez nacen menos niños. Mientras, el coste del personal está aumentando debido a que cada vez hay que contratar a más laicos dado que tampoco hay suficientes religiosas para asumir algunos de estos puestos de trabajo.

La pandemia golpeó realidades ya frágiles, provocando un terremoto. “Los padres de los niños fueron generosos. Muchos querían pagar la matrícula incluso cuando no había clases presenciales para los más pequeños porque tuvimos que cerrar dos escuelas infantiles y una casa de retiro. Algunos de nuestros huéspedes mayores murieron a causa del virus en la segunda



Cuando los monasterios eran ricos y poderosos

DI FRANCESCO GRIGNETTI

Lejos de este mundo, pero expresión de este mismo mundo, hubo una época en que los monasterios femeninos eran una parte clave de la economía feudal. Y, por tanto, eran ricos y poderosos. “La regla general, —explica el historiador **Giancarlo Rocca**, de la Sociedad de San Pablo, director desde 1969 del Diccionario de Institutos de Perfección—, era no fundar monasterios de ningún tipo si no se garantizaban los fondos para su subsistencia. En la Antigüedad y en la Edad Media, y en parte también en la Edad Moderna, era fácil porque reyes, duques o condes donaban de buena gana tierras, derechos de paso, derechos para el transporte de sal, bosques, casas para alquilar... Y, además, estaba la dote de las nobles muchachas que ingresaban al convento. La vida contemplativa y de clausura necesitaba rentas fijas”.

Los monasterios en ese momento eran pequeñas cortes, con criados y tierras, en los que las abadesas eran damas que gozaban de los privilegios de la época, incluida la administración de justicia. Por ejemplo, la hermana del emperador **Carlomagno**, **Gisella**, princesa de sangre real, era la abadesa de la prestigiosa abadía de Chelles, cerca de París. Podemos citar también el caso de Conversano, en Puglia, donde la abadesa del monasterio tenía el rango de obispo, con pleno poder sobre el clero local. Sucedió en 1266

En la Edad Media, los conventos era pequeñas cortes con criados y tierras

con la llegada de un grupo de monjas cistercienses que heredaron el poder concedido a las abadías masculinas, una realidad que duró hasta 1800 con la disolución del monasterio. Como signo de poder, dos veces al año imponían un besamanos a la abadesa de parte de todo el clero secular. Y cuando algún obispo intentaba contrarrestar este privilegio, las feroces abadesas reaccionaban con dureza respaldadas por las poderosas familias nobles de las que provenían.

Era una práctica común entre los nobles que solo el hijo mayor heredara el patrimonio. Para los varones menores, el destino eran las armas o el sacerdocio. Para las hijas, los matrimonios concertados o el monasterio. De una forma u otra, eran todas estrategias para incrementar el poder de la familia. Y era bastante normal que las monjas de origen aristocrático vivieran en celdas individuales, bien amuebladas, con comidas personalizadas y pocas reglas que observar. La estructura socioeconómica de la época feudal se reflejó en el monasterio ya en la división entre las monjas coristas, hijas de las familias nobles del lugar destinadas a tener puestos de responsabilidad en el monasterio, y las monjas conversas, de familias humildes, mayoritariamente analfabetas y dedicadas al trabajo manual. La

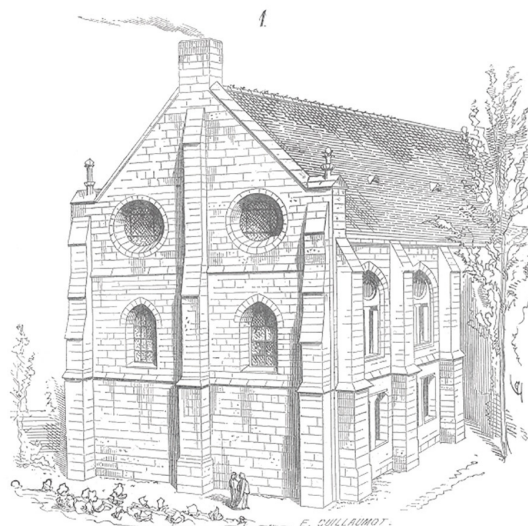
ola. Mantenemos como podemos las residencias. Afortunadamente, tenemos un colchón gracias a algunas inversiones que hicimos, como un fondo de pensiones del que es posible retirar algunas sumas por adelantado en el caso de necesidad. Nuestra principal fuente de ingresos son ahora las pensiones de las cincuenta hermanas que las reciben de un total de 69 residentes en Italia. En cada fraternidad se comparten los recursos y, gracias a las jubiladas, todas vamos adelante”.

Las cifras no son elevadas dado que la mayoría de ellas perciben apenas unos 650 euros porque no han cotizado lo suficiente puesto que han pasado su vida de misión en misión. Llegar a fin de mes es un desafío. Tanto es así que Lorella a veces se ve tentada de seguir el ejemplo de una de sus hermanas mayores y poner la estatua de San José contra la pared con la esperanza de convencerlo de que interceda para superar las dificultades. “Peor que esta crisis, solo está el drama de desperdiciarla”, dice Lorella parafraseando al Papa Francisco.

“El COVID nos está obligando a tomar nota de una serie de problemas ya presentes para afrontarlos con valentía y apertura a lo nuevo. Y una pizca de ingenio, como el de las hermanas de la posguerra que se mantenían con su trabajo en los campamentos de verano. La pandemia puede resultar una gran oportunidad para la “purificación”. Durante mucho tiempo, las congregaciones han hecho lo mismo y quizás sea el momento de volver a los orígenes del carisma, de renunciar a lo que no es propio para poner fin a lo que ya no sirve, sin remordimientos. Estamos viviendo una gran experiencia de Providencia”. La superiora enumera varios ejemplos que van desde los paquetes de comida que les dio Protección Civil hasta el regalo inesperado de una empresa con el que pudieron cavar un pozo en una misión. “Esto es lo que nos da la fuerza para seguir adelante”, concluye Lorella que, en lugar de dar la vuelta a la estatua de San José, en los momentos de dificultad camina al amanecer por la playa de Rimini. “Me repito: ‘Lorella, la congregación no es tuya. Ha existido durante 136 años porque el Señor lo quiere. Respira, Él lo solucionará, como siempre’”.

Abadía real

La abadía de Chelles, en la Île-de-France, fue fundada en la época merovingia. Hacia 788, **Gisella**, hermana de **Carlomagno**, se convirtió en su abadesa. Bajo su gobierno fue un importante centro de copia y restauración de manuscritos. Muchos de ellos se perdieron en un incendio en el siglo XIII y luego desaparecieron definitivamente con la Revolución Francesa.



economía del monasterio giraba en torno a los derechos feudales y, sobre todo, a la propiedad de las tierras que acumularon a lo largo de los siglos gracias a las continuas donaciones y la astuta gestión.

La excepción a estas prácticas fueron las Clarisas quienes, fundadas por Santa Clara, vivían en pobreza franciscana. Pero su particularidad confirma precisamente cuál era la regla. La misma historia de las Clarisas, con la división entre damianitas (nadie podía obligarlas a aceptar donaciones) y urbanistas (que podían tener propiedades en común), habla de la dificultad objetiva de las monjas para poder sobrevivir sin poder contar con trabajo fuera del monasterio y ni siquiera con ingresos. El Concilio de Trento cayó como un meteorito sobre esta estructura casi milenaria. **Mariella Carpinello** recuerda en *Il monachesimo femminile* (Mondadori, 2002), que el 3 de diciembre de 1563, en la última sesión, el Concilio impuso una estricta norma a todas: las monjas no podrían volver a salir del convento ni a recibir a nadie en el convento. Se cortaron los contactos con las familias. Incluso las arquitecturas cambiaron. Los altos muros, el torno en la puerta, las rejas, los claustros cerrados, el fin de la propiedad personal y la prohibición de aceptar donaciones llegaron a todos los monasterios. Cambió todo. Incluso el sistema económico del monasterio.

Precisamente para asegurar el futuro de las monjas se impidieron todas las actividades que no fueran contemplativas, se reglamentó la dote y se hizo obligatoria para las recién llegadas. Era ligeramente inferior a la dote matrimonial. Y fue una elección inevitable porque cuando las monjas enferman o envejecen no pueden valerse por sus propias fuerzas o servirse de las riquezas del monasterio para sobrevivir.

El advenimiento de una nueva economía y una nueva sociedad, con el crecimiento de la clase mercantil y burguesa, estaba a punto de acabar con el viejo mundo que estaba en el apogeo de la pompa y la riqueza. Mariella Carpinello cuenta cómo se realizaban suntuosos ceremoniales a principios del siglo XVIII, siguiendo una etiqueta principesca. “La profesión de la señorita **Rastignac**, una bella joven de veinte años, descrita por otra gran dama, **Elena Massalka** futura princesa de Ligne, es lujosa y espectacular. Una dama, la joven de Guignes, es su madrina, mientras el Conde de Hautefort



sostiene la vela durante el rito. La señorita de Rastignac ocupa su lugar en la iglesia con un vestido de seda blanca adornado con plata y salpicado de diamantes. Al final del servicio, el conde la toma de la mano y la conduce al interior del recinto. Luego la puerta se cierra con estrépito detrás de ella”.

Paradójicamente, la imposición del claustro fue contra las religiosas. De hecho, la ideología de la Ilustración consideraba la vida contemplativa como una reliquia dañina del pasado. En 1782, **José II de Habsburgo** suprimió las comunidades religiosas femeninas en Austria con la excepción de aquellas dedicadas a la enseñanza y el cuidado de los enfermos. Con la

Revolución Francesa de 1789 y luego la época napoleónica, Francia y sus satélites también aplicaron una política de supresión de monasterios con confiscación de bienes. Una política de desamortización que continuó en el Reino de Italia a lo largo del siglo XIX. Sucedió en toda Europa donde de pronto cambió de manos un vasto patrimonio de iglesias, edificios, obras de arte, tierras, bosques, granjas y molinos. Nada volvió a ser como antes.

“Las confiscaciones empobrecieron a muchos monasterios, algunos no volvieron a ser lo que eran y otras comunidades tuvieron que establecerse en lugares mucho más modestos. La secularización provocó un cambio en el modelo de vida religiosa femenina. Con las nuevas instituciones masculinas y femeninas del siglo XIX, la organización económica cambia, porque sus miembros ofrecen servicios a cambio de una compensación por el trabajo que realizan de parte de la ciudad, los empresarios o incluso las familias. Los más pobres son atendidos gracias a la vida austera de las comunidades y a los benefactores”, explica sor **Grazia Loparco**, profesora de Historia de la Iglesia en la Pontificia Facultad Auxilium. Las religiosas de hoy se dedican a la actividad apostólica. Enseñan, educan, ayudan y asisten. Y ganan un salario para ellas y para sus hermanas.





Así se configura una escuela de excelencia en la Franja

DE ALESSANDRA BUZZETTI

Tenemos que ser mujeres valientes, porque, si muestras debilidad estás acabada, no puedes lograr nada. A veces, llevar el hábito es una ventaja”. Para entender las palabras de la hermana **Nabila Saleh** hay que verla en acción en Gaza, donde más de uno la ha apodado “la Ministra”.

Sus ojos verdes están siempre abiertos. Sus orígenes egipcios son una ayuda natural para las relaciones que, por estos lares, son bastante complicadas. Más aún si estás al frente de la Rosary Sister's School, la escuela de excelencia de la Franja a la que asisten algunos hijos de quienes la gobiernan. Desde jardín de infancia hasta bachillerato hay 1.160 alumnos, de los cuales solo 78 son cristianos. La primera sirena de este año sonó el 4 de septiembre, con tres semanas de retraso. No fue por el coronavirus, sino por las tareas de reconstrucción de los daños causados por la guerra del pasado mes de mayo. En el despacho de Nabila, los monitores desde los que controlaba las aulas y las cámaras de vigilancia externas están apagados. Las últimas imágenes registradas son del 12 de mayo de 2021 cuando un río de fuego alcanzó la entrada principal de la escuela.

“Trescientos mil dólares en daños, una cantidad enorme comparada con los quinientos mil dólares del presupuesto

Nabila, religiosa y directora en Gaza

anual. Afortunadamente, no fue un daño estructural y ya hemos encontrado donantes. Además del Patriarcado Latino y algunas donaciones únicas y conmovedoras, recibimos una gran contribución de una Asociación Católica de París. En parte, porque nuestros estudiantes son los mejores en francés de la Franja”, nos dice con la sonrisa de quien sabe que confiar la Providencia significa arremangarse, aprender a invertir en proyectos correctos y saber hacer bien las cuentas.

Nabila tiene 43 años y aún no ha dejado de estudiar. Está matriculada en un master en Gestión de Recursos Humanos en la Universidad Palestina de la Franja. “Durante las primeras horas de clase vinieron a verme alumnos de otras clases porque nunca habían visto a una monja. Estaban tan sorprendidos que un día hasta les di una lección sobre la Iglesia y la vida

consagrada. Una mujer soltera sin hijos es mitad mujer para los musulmanes, algo inconcebible. Sin embargo, el director del máster me hizo colaborar en un taller con un jeque salafista. No fue fácil, pero trabajamos juntos. Con la llegada de la pandemia tuve que suspender las clases, mientras él, hasta donde yo sé, pudo terminar el máster. Espero reanudar las clases presenciales este otoño”.

La hermana avanza más lentamente, pero con tenacidad. También porque quiere dar su ejemplo como religiosa de una congregación nacida para servir a la Iglesia local y para emancipar a las mujeres árabes de Tierra Santa a través de la educación. Su congregación fue fundada en Jerusalén en 1880 por un sacerdote palestino del Patriarcado Latino y por la Hermana María Alfonsine, canonizada en 2015. Las Hermanas del Santo Rosario son las únicas que, por estatuto, solo aceptan postulantes de origen árabe. La hermana Nabila las conoció en Egipto. No en Asyut, su ciudad natal con vistas al Nilo, sino durante sus años universitarios en El Cairo. “Vengo de una familia practicante y desde pequeña tenía el deseo de consagrarme a Dios, así que a los 23 ingresé en las Hermanas del Santo Rosario. Me fascinó el carisma mariano y su forma de acoger y ayudar a nuestra gente”, recuerda sor Nabila.



Egipto, Líbano y, en 2006, finalmente Tierra Santa. Llegó a la casa generalicia de Bethanina, un barrio de mayoría árabe en Jerusalén, hogar de una de las muchas escuelas fundadas por la Congregación en Oriente Medio. También tienen en Kuwait, Qatar y la Shariqah, importantes pulmones económicos a través de los que apoyan a los centros de los países más pobres como Siria, Líbano, Territorios Palestinos y Gaza.

La misión en la Franja es voluntaria. Nabila llegó allí por primera vez en 2008 para dirigir el jardín de infancia inaugurado en 2000 y que lleva el nombre de Zahwa Arafat, una de las primeras niñas que asistió. Fue su padre **Yasser** quien donó el terreno a las monjas para construir una escuela en Gaza, donde el primer presidente de la Autoridad Palestina tenía una suntuosa residencia y el deseo de hacer de la Ciudad de Gaza, la única ciudad palestina frente al mar, la Tel Aviv de Cisjordania.

Cuando llegó la hermana Nabila, todo había cambiado. Después de esperar diez horas en el puesto de control israelí, recorrer las carreteras llenas de baches con montones de basura por todas partes y encontrar el edificio de las monjas en peligro y medio incendiado, rompió a llorar. Acababa de terminar la primera guerra entre Israel y Hamas, en el poder en la Franja desde 2007. El ambiente era extremadamente tenso incluso entre las diversas facciones islamistas en Gaza. Alguien no vio con buenos ojos a las monjas, tanto que colocaron una bomba de seis kilos frente a la puerta del convento.

“Escuchamos un boom muy fuerte a las cuatro de la mañana. Sobrevivimos de milagro, porque la bomba estalló a medias. El miliciano de Hamas que vino a ver lo que había sucedido también nos lo dijo”, recuerda la hermana Nabila. Un bautismo de fuego que la obligó a preguntarse

qué hacía allí. “La obediencia en mi vida siempre ha sido un faro: si Dios me quiere en un lugar, me da todo lo que necesito”. Un primer regalo fueron los ojos de **Soha**, una niña de tan solo 5 años, hija de un musulmán muy practicante. La niña estaba tan entusiasmada con el jardín de infancia que en casa repetía que cuando creciera se convertiría en monja. A su padre no le gustaban nada estas palabras y decidió sacar a la niña de la escuela. “Un día vino la madre que deseaba profundamente una educación diferente para su hija. Me pidió que hablara con la niña y le explicara que era mejor si no hablaba del jardín de infancia en casa. Siguió un diálogo sencillo, centrado en el hecho de que debemos guardar en nuestro corazón lo bello que encontramos. Desde entonces no ha habido más problemas. Educar no significa renunciar a la propia identidad, pero es una siembra larga y paciente”.

No es casualidad que las únicas escuelas mixtas sean las tres escuelas cristianas de la Franja y que la más cara no tenga problemas de inscripciones. 750 dólares de matrícula anual, con un aumento de 50 dólares por cada ciclo escolar, es una cantidad considerable para quienes viven en Gaza, donde más de la mitad de sus dos millones de habitantes no tienen trabajo y donde se pueden perder de la noche a la mañana la casa y lo poco con lo que se cuenta. Los estudiantes que se graduaron en 2021 en Rosary Sister's School ya han experimentado cuatro guerras.

La más larga, de 51 días, fue en 2014, cuando la hermana Nabila, después de una pausa de algunos años, regresó a Gaza para dirigir toda la escuela. “La reconstrucción más difícil no es la material, sino la psicológica y relacional. Muchos niños sufren el trauma de la posguerra, muchos han perdido a alguien en los bombardeos.



Todos los habitantes de Gaza sufren la condición permanente de sitio, la falta de libertad y la falta de esperanza en el futuro. No es fácil enseñar a amar al enemigo y al mismo tiempo defender los derechos como seres humanos”. Entre los 115 empleados también hay psicólogos que ayudan a los niños en los momentos en que se agudiza el conflicto, cuando es aún más importante organizar actividades recreativas, encuentros e iniciativas de solidaridad mutua. La puerta de las monjas se abre a menudo para recibir a los niños para actividades extraescolares y fiestas, porque es un lugar considerado seguro por las familias.

“Cuando vienen a matricular a los niños no les preguntamos quiénes son ni de dónde vienen. Por supuesto que no es difícil de entender, lo importante es que estén dispuestos a seguir nuestras reglas. El respeto y el conocimiento mutuo también significan disciplina. Y de vez en cuando debemos reiterarlo con firmeza”. Cuando la de la hermana Nabila no es suficiente, intervienen los dos sacerdotes de la pequeña comunidad católica de Gaza. Solo 130 almas, de las que 15 corresponden a religiosos misioneros. La Misa diaria, la Adoración Eucarística y el Rosario siguen siendo el corazón de la vida de Sor Nabila, al igual que el compartir con sus dos hermanas, Martina y Bertilla.

El último conflicto las puso a prueba. “Hemos tenido miedo de morir varias veces. Fuimos a confesarnos y decidimos dormir siempre con el hábito y en la misma habitación. Dispuestas a dar la vida”, recuerda la hermana Nabila, quien no perdió el pragmatismo ni siquiera durante los ataques aéreos israelíes.

“Entré en la sala de ordenadores dos veces, donde todavía había veintitrés ordenadores empaquetados. Fueron un regalo por valor de quince mil dólares que llegó antes del COVID. Tenía que salvarlos, también por respeto a quienes nos los habían dado. La madre general me regañó por arriesgarme. La responsabilidad te hace no sentir demasiado el miedo. En el sufrimiento se encuentra la Gracia”.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento